

Benito Pérez Galdós

Gerona

Episodios Nacionales, 7
Primera serie



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1976
Segunda edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Eduardo Zamacois: *España 1812 – La ocupación francesa* (detalle). Walters Art Museum. Baltimore, Estados Unidos
© AGE Fotostock / Bridgeman Images
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-564-8
Depósito legal: M. 12.808-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

20	Uno
25	Dos
31	Tres
34	Cuatro
38	Cinco
47	Seis
50	Siete
58	Ocho
68	Nueve
79	Diez
82	Once
87	Doce
93	Trece
100	Catorce
106	Quince
111	Dieciséis
119	Diecisiete
128	Dieciocho
133	Diecinueve
140	Veinte
150	Veintiuno
157	Veintidós
166	Veintitrés
182	Veinticuatro

190 Veinticinco
197 Veintiséis
203 Veintisiete
212 Veintiocho

En el invierno de 1809 a 1810, las cosas de España no podían andar peor. Lo de menos era que nos derrotaran en Ocaña a los cuatro meses de la casi indecisa victoria de Talavera; aún había algo más desastroso y lamentable, y era la tormenta de malas pasiones que bramaba en torno a la Junta Central. Sucedió en Sevilla una cosa que no sorprenderá a mis lectores, si, como creo, son españoles, y era que allí todos querían mandar. Esto es achaque antiguo, y no sé qué tiene para la gente de este siglo el tal mando, que trastorna las cabezas más sólidas, da prestigio a los tontos, arrogancia a los débiles, al modesto, audacia, y al honrado desvergüenza. Pero sea lo que quiera, ello es que entonces andaban a la greña, sin atender al formidable enemigo que por todas partes nos cercaba.

Y aquél era enemigo; lo demás es flor de cantueso. Me río yo de insurrecciones absolutistas y republicanas en tiempos en que el Poder central cuenta con grandes elementos para sofocarlas. Aquello no se parecía a ninguna de estas niñadas

de ahora, pues con las tropas que Napoleón envió a España a fines del año 9 constaba de 300.000 hombres el ejército invasor. Los nuestros, dispersos y desanimados, no tenían un general experto que los mandase; faltaban recursos de todas clases, especialmente de dinero, y en esta situación el Poder central era un hormiguero de intriguillas. Las ambiciones injustificadas, las miserias, la vanidad ridícula, la pequeñez inflándose para parecer grande, como la rana que quiso imitar al buey; la intolerancia, el fanatismo, la doblez, el orgullo, rodeaban a aquella pobre Junta, que ya en sus postrimerías no sabía a qué santo encomendarse. Bullían en torno a ella políticos de pacotilla de la primera hornada que en España tuvimos, generales pigmeos que no supieron ganar batalla alguna; y aunque había también varones de mérito, así en la milicia como en lo civil, o no tenían arrojo para sobreponerse a los necios, o carecían de aquellas prendas de carácter sin las cuales, en lo de gobernar, de poco valen la virtud y el talento.

Tuvo la Junta allá por marzo el malísimo acuerdo de establecer el Consejo de Castilla, fundiendo en él todos los demás Consejos suprimidos; y cuando esta antigualla se vio de nuevo con vida; cuando esta máquina roñosa, inútil y gastada se encontró otra vez puesta en movimiento, allí era de ver cómo pretendía gobernar el mundo. La fatuidad de aquellos consejeros que tanto adularon a José no tenía igual. Desde que se les puso en juego empezaron a intrigar con quien les había sacado del olvido, y decían que la Junta era ilegítima. Valiéndose de don Francisco Palafox, hermano del defensor de Zaragoza; de Montijo, a quien hemos visto en alguna parte; del marqués de la Romana y de otros pájaros, llenaron de enredos a la Junta y a la Comisión ejecutiva. Por último, en la Regencia, última metamorfosis de aquel

Podar tan nacional como desgraaiado, también sembraron cizaña los del Consejo. Esta pandilleja no era otra cosa que el partido absolutista, que ya empezaba a sacar la oreja; y para que desde el principio se tuviera completa noticia de su existencia, también repartió dinero entre la tropa, fiando sus esperanzas a una sedición militar, que por entonces quedó frustrada. Nada de esto era ya nuevo en España, porque el motín del 19 de marzo en Aranjuez, de que, si mal no recuerdo, hice mención, obra fue de la misma gente; mas no se valieron sólo de la tropa, sino también de varios cuerpos facultativos y distinguidos, como los lacayos, pinches y mozos de cuadra de la Regia Casa. En Sevilla azuzaron a lo que un gran historiador llama con enérgico estilo *la bozal muchedumbre*, y hubo frecuentes serenatas de berridos y patadas por las calles; mas no pasó de aquí.

Un arma moral esgrimían entonces unos contra otros los políticos menudos, y era el acusarse mutuamente de malversadores de los caudales públicos, grosero recurso que hacía muy buen efecto en el pueblo. Cuando se disolvió la Junta en Cádiz, hubo un registro de equipajes de lo más vil y bochornoso que contiene nuestra moderna historia; pero no se encontró nada en las maletas de los patriotas, porque éstos, malos o buenos, tontos o discretos, no tenían el alma en los bolsillos, ni la tuvieron aún sus inmediatos sucesores, años adelante.

Perdonen ustedes si me ocupo de estos sainetes de la epepeya. Lo extraño es que las miserias de los partidos (pues también entonces había partidos, aunque alguien lo dude) no impedían la continuación de la guerra, ni debilitaban el formidable empuje de la nación, con independencia de las victorias o derrotas del ejército. Verdad es que las discordias de arriba no habían cundido a la masa común del país,

que conservaba cierta inocencia salvaje, con grandes vicios y no pocas prendas eminentes, por cuya razón la homogeneidad de sentimientos sobre que se cimentara la nacionalidad era aún poderosa, y España, hambrienta, desnuda y comida de pulgas, podía continuar la lucha.

Cansaría a mis amados lectores si les contara detalladamente mi vida durante aquel funesto año 9, que comenzado con las proezas de Zaragoza, terminaba con el desastre de Ocaña y la dispersión del ejército español. Por fortuna no me encontré en aquella jornada, pues incorporado al principio del año al ejército del Centro, me destinaron en agosto a la división del duque del Parque, y asistí a la acción de Tamales. Poco puedo decir de la de Talavera que no sea por referencia, pues el 27 y 28 de julio me encontraba en Puente del Arzobispo; y aunque algo podría contar de la campaña del duque del Parque, lo omito por no cansar a mis amigos. A fin del año servía en la división de don Francisco Copons, que con las de don Tomás Zeraín, de Lacy y Zayas guardaba el paso de Sierra Morena; porque ha de saberse que los franceses, envalentonados hasta lo sumo y reforzados con nueva tropa, se disponían a invadir la Andalucía, a los dieciocho meses de la batalla de Bailén, ¡a los dieciocho meses! Las fuerzas de que disponíamos apenas merecían el nombre de ejército, y el del duque de Alburquerque, único que aún se conservaba en buen estado, no podía tampoco resistir el empuje de los franceses victoriosos, y se retiraba hacia el Mediodía para proteger la resistencia del Poder central.

¡Qué situación, amigos míos! Esto pasaba, como he dicho, al poco tiempo de aquella brillante y rápida campaña de junio y julio de 1808; y los mismos lugares que antes nos vieron victoriosos y llenos de orgullo, presenciaban ahora el

triste desfile de los dispersos de Ocaña, que a cada instante volvían el rostro con inquietud creyendo sentir las pisadas de los caballos de Víctor, Sebastiani y Mortier.

–¡Quién hubiera creído –dije a Andresillo Marijuán, cuando almorzábamos en una venta de Collado de los Jardines– que habíamos de desandar tan pronto este camino! Ahora me parece que no paramos hasta Cádiz.

–Con paciencia se gana el cielo –me contestó–. Yo tengo toda la que pueden dar siete meses de bloqueo como el de Gerona. Todavía estoy admirado de encontrarme vivo, Gabriel. Pero, dime, ¿dónde has ganado esa charretera? ¿Crearás que yo no soy nada? Digo mal, porque dentro de la plaza me hicieron a modo de sargento, y a estas horas nadie me ha reconocido mi grado. Haré una reclamación a la Junta.

–Yo gané mis grados en Zaragoza –respondí con orgullo–, y también te aseguro que al cabo de un año conservo cierta duda de si seré yo mismo el que en aquellos fieros combates se halló, o si después de muerto me habré trocado en otro sujeto.

–Bien dicen que en Zaragoza y en el ejército del Centro se dieron los grados como quien echa almorzadas de trigo a las gallinas. Amigo Gabriel, en España no se premia más que a los tontos y a los que meten bulla sin hacer nada. Dime, teniente de almíbar: ¿en Zaragoza comiste ratones flacos y pedazos de estera fritos con grasa de asno viejo?

Reíme de la pregunta, y los circunstantes dieron broma a Marijuán, porque éste, desde que se nos unió cerca de Almadén del Azogue en los últimos días del año, nos había venido aturdiendo con el perenne contar de sus privaciones y hambres en Gerona.

–En mi mochila –continuó el aragonés– tengo un diario del sitio que escribió en la plaza el señor don Pablo Nom-

dedéu, y os lo daré a leer, para despertar el apetito cuando estéis desganados. Por ahora, en marcha, que me parece dan orden de tomar soleta hacia abajo.

En efecto: después de una hora de descanso emprendimos el camino hacia el Mediodía, y Marijuán repetía la canción con que nos aporreaba los oídos desde que le encontramos:

*–Digasme tú, Girona,
si te n'arrendirás...,
lirom lireta.
–Com vols que m'rendesca
si España non vol pas,
lirom fa lá garideta,
lirom fa lireta lá.*

En Bailén hicimos noche. ¡Qué triste impresión produjo en mí la vista de aquellos campos, al considerar que los atravesábamos después de dejar casi toda Castilla en poder de los franceses, a quienes poco antes habíamos sojuzgado con tanta fortuna en el mismo sitio! ¡Cómo se representó en mi imaginación lo que allí había visto y oído: la perspectiva y el estruendo glorioso de la acción, iluminada por el ardoroso sol de julio! Todo estaba frío, helado, quieto, triste, silencioso, oscuro; diríase que sobre los llanos y las mansas colinas de Bailén, una pesada e informe sombra se paseaba a flor del suelo. Visitamos luego Marijuán y yo el palacio de Rumblar, creyendo encontrar allí todavía a la Condesa y su familia, y aunque era ya de noche, nos propusimos penetrar, seguros de ser bien recibidos. Cuando dimos los primeros aldabonazos en la puerta, contestonos el lejano ladrido de un perro, sin que rumor alguno indicase

la presencia de criatura humana en el palacio, lo cual nos hizo comprender que estaba abandonado. Insistimos, sin embargo, en dar golpes, y al cabo oímos una voz que desde el patio con enojado tono nos respondía, mejor dicho, nos increpaba en esta forma:

–Allá voy. ¡Condenados muchachos! ¿Qué querrán a estas horas?

Abrionos echando sapos y culebras por su fea boca el «tío Tinaja», antiguo servidor de la casa (pues no era otro el que a la sazón la guardaba), y luego que nos hubo reconocido, desarrugó el ceño, hízonos entrar, ofreciéndonos un asiento junto a la lumbre, y allí nos contó cómo toda la familia, con buena parte de la servidumbre, había marchado a Cádiz huyendo de la invasión francesa.

–Mi señora la condesa doña María estaba en que se había de quedar –nos dijo–; pero sus primas de Madrid, que llegaron por Todos los Santos, le volvieron la cabeza del revés. Don Paco también tenía mucho miedo, y entre él, las primas y las tres señoritas, todos llorando y moqueando en ruedo, ablandaron el alma de bronce de la Condesa, obligándola a marchar.

–¿No ha venido también el señor don Felipe? –pregunté comprendiendo a qué personas el tío Tinaja se refería.

–El señor don Felipe no ha venido, porque, según dijeron, está con el francés. Su hermana, la señora Marquesa, es muy española, y habían de ver ustedes cómo disputa con su sobrina, que se ríe del Lord y dice que ningún general español vale dos cuartos.

–¿Ha venido también don Diego?

–No, señor. ¡Pues pocas lágrimas han derramado las niñas, y pocos mares han corrido de los ojos de la señora por las calaveradas de don Diego! No hay quien le saque de

Madrid, donde se junta con *flamasones*, *anteos*, perdularios, gabachos y gente mala, que le traen al retortero. Parece que ya no se casa con la señorita Inés, por cuya razón mi ama está que trina, y el otro día ella y sus primas hablaron más de lo regular. Don Paco se puso por medio y echó una arenga en latín. Las señoritas empezaron a llorar, y aquel día, en la mesa, nadie habló palabra. No se oía más ruido que el de los dientes masticando, el de los tenedores picando en los platos y el de las moscas que iban a golosinear.

—¿Y cuándo salieron para Cádiz?

—Hace cuatro días. Las tres señoritas iban muy contentas, y doña María, muy triste y ensimismada. La mala conducta del señor don Diego la tiene en ascuas, y la buena señora se va acabando.

Nada más me dijo aquel hombre que merezca mención, y a varias preguntas mías, harto prolijas e impertinentes, no contestó cosa alguna de provecho. Después que nos ofreció parte de su cena, díjnos que podíamos albergarnos en la casa por aquella noche, y como la tropa se alojaba en el pueblo, nos quedamos allí. Solo, y mientras Marijuán dormía, recorrí varias habitaciones altas de la casa, iluminadas no más que por la luna, y una dulce, inexplicable claridad llenaba mi alma durante aquella muda y solitaria exploración. No hubo mueble que no me dijese alguna cosa, y mi imaginación iba poblando de seres conocidos las desiertas salas. La alfombra conservaba a mis ojos una huella indefinible, más bien pensada que vista; vi un cojín que aún no había perdido el hundimiento producido por el brazo que acababa de oprimirlo, y en los espejos creí ver, no la huella ni la sombra, porque estas voces no son propias, sino una nada; mejor dicho, un vacío dejado allí por la imagen que había desaparecido.

En una habitación que daba a la huerta vi tres camas pequeñas. Dos de ellas parecían tener como un lugar fijo en los dos testers de derecha e izquierda. La tercera, que estorbaba el paso, revelaba haber sido puesta para un huésped de pocos días. Las tres estaban cubiertas de blanquísimas colchas, bajo las cuales los fríos colchones se inflaban sin peso alguno. La pila de agua bendita estaba llena aún, y mojé las puntas de los dedos, haciéndome en la frente la señal de la cruz. Un fuerte escalofrío corrió por mi cuerpo al contacto helado, como si los dedos que habían tomado las últimas gotas se rozaran con los míos en la superficie del agua. Recogí del suelo una pequeña cinta y unos pedacitos de papel retorcidos, engrasados y perfumados que indicaban haber servido para moldear los rizos de una cabellera. El silencio de aquel lugar no me parecía el silencio propio de los lugares donde no hay nadie, sino aquel que se produce en los intervalos elocuentes de un diálogo cuando, hecha la pregunta, el interlocutor medita lo que va a responder.

Salí de aquella estancia, y después de recorrer otras con igual interés, sintiéndome al fin cansado, me recosté en un sofá, donde, cerca ya del alba, me dormí profundamente. La luz del día entraba a torrentes por las ventanas y balcones cuando me despertó Andrés cantando su estribillo catalán:

*Digame tú, Girona,
si te n'arrendirás.*

En aquellos días, los últimos del mes de enero de 1810, ocurrieron las más lamentables desgracias del ejército español. Creeríase que el genio de la guerra, fundamental en nosotros como el eje del alma, nos había faltado, y la lucha fue desordenada y a la aventura. El general Desolles atacó en

Puerto del Rey a la división Girón, que se desbandó junto a Las Navas de Tolosa, y al mismo tiempo Gazán acometía el paso del Nuradal, mientras Mortier forzaba el de Despeñaperros. El mariscal Victor penetró por Torrecampo para caer sobre Montoro, y Sebastiani por Montizón, de modo que la invasión de Andalucía se verificó por cuatro puntos distintos con estrategia admirable, que acabó de desconcertarnos. Verdad es, y sírvanos esto de disculpa, que teníamos por general en jefe a don Juan Carlos Areizaga, hombre nulo en el arte de la guerra, y en cuya cabeza no cabían tres docenas de hombres. La pericia de algunos jefes subalternos servía de muy poco, y desmoralizada la tropa, convencidos de su incapacidad para la resistencia, no veía delante de sí ni gloria ni honor, sino el cómodo refugio de Córdoba, Sevilla o la isla gaditana. Resistencia formal sólo la hallaron los franceses por Montizón, entre Venta Nueva y Venta Quemada, donde mandaba don Gaspar Vigodet, el cual, después de batirse con mucho arrojo, ordenó la retirada en regla. En suma, señores míos: doloroso es decirlo y doloroso recordarlo; pero es lo cierto que los franceses avanzaron hacia Córdoba cuando nosotros llorábamos nuestra impotencia camino de Sevilla.

¿Y qué podré decirlos del espectáculo que nos ofreció esta ciudad, amotinada, sometida a las intrigas de una facción tan pequeña como audaz? De buena gana no diría nada, tragándome todo lo que sé y ocultando todo lo que vi, para que semejantes fealdades no entristecieran estos cuadros; pero ya la fama ha dicho cuanto había que decir, y no porque yo lo calle dejará de saberse, que si en mí consistiera, a este y a otros hoyos de nuestra historia les echaría tierra, mucha tierra.

Es el caso que fugitiva la Central, los conspiradores erigieron allí una juntilla suprema, y azuzado el populacho, no se oían más que vivas y mueras, olvidándose del francés que

tocaba a las puertas, cual si en el suelo patrio no hubiese ya más enemigos que aquellos desgraciados centrales. ¡Lo que es la pasión política, señores! No conozco peor ni más vil sentimiento que éste, que impulsa a odiar al compatriota con mayor vehemencia que al extranjero invasor. Yo me espantaba presenciando los atropellos verificados contra algunos y la salvaje invasión de las casas de otros. ¡Y gracias que escaparon con vida de la plebe holgazana y chillona! En una palabra, aquello era de lo más denigrante que he visto en mi vida, y si la Junta Central valía poco, los individuos que en Sevilla y después en Cádiz agujerearon sus fundamentos, como inquietos y vividores reptiles, no ocupan, a pesar de su mucho bullir y de las distintas posturas que tomaron, un lugar visible en la Historia. Su pequeñez les hace desaparecer en las perspectivas de lo pasado, y sus nombres sin eco no despiertan admiración ni encono. Pertenecen a ese vulgo que, con ser tan vulgo, ha influido en los destinos del país desde la primera revolución acá: gentezuela sin ideal, que se perdería en las muchedumbres como las gotas de lluvia en el Océano si la vituperable neutralidad política de la mayoría honrada, decente, entendida y patriota, no les permitiera actuar en la vida pública, tratando al país como un objeto de su exclusiva pertenencia que se les ha dado para divertirse.

Pero quiero poner punto en esta materia, que seduce poco mi entendimiento. Continuando nuestra retirada, llegamos al Puerto de Santa María, donde estuvimos dos días con sus noches, y allí fue donde adquirí sobre el formidable cerco de Gerona estupendas noticias. Debo una explicación a mis lectores, y voy a darla.

Mi objeto al comenzar esta última sesión, en que apaciblemente nos encontramos, amados señores míos, fue referir lo mucho y bueno que vi en Cádiz cuando nos refugiamos allí,

después que los franceses penetraron en Andalucía; pero un deber patriótico me obliga a aplazar por breve tiempo este mi natural deseo, dando la preferencia a algunos hechos del sitio de Gerona, que contaré también, si bien los contaré de oídas. Un amigo de aquellos días, y que después lo fue también en épocas más bonancibles, me entretuvo durante dos largas noches con la descripción de maravillosas hazañas, que no debo ni puedo pasar en silencio. Aquí las pongo, pues, suspendiendo el curso de mi historia, que reanudaré en breve, si Dios me da vida a mí y a ustedes paciencia. Sólo me permito advertir que he modificado un tanto la relación de Andresillo Marijuán, respetando, por supuesto, todo lo esencial, pues su rudo lenguaje me causaba cierto estorbo al tratar de asociar su historia a las mías. Hago esta advertencia para que no se maravillen algunos de encontrar en las páginas que siguen observaciones, frases y palabras impropias de un muchacho sencillo y rústico. Tampoco yo me hubiera expresado así en aquellos tiempos; pero téngase presente que, en la época en que hablo, cuento algo más de ochenta años, vida suficiente, a mi juicio, para aprender alguna cosa, adquiriendo asimismo un poco de lustre en el modo de decir.

Relación de Andresillo Marijuán

Uno

Entré en Gerona a principios de febrero, y me alojé en casa de un cerrajero de la calle de Cort-Real. A fines de abril salí con la expedición que fue en busca de víveres a Santa Coloma de Farnés, y a los pocos días de mi regreso murió, a consecuencia de las heridas recibidas en el segundo sitio, aquel

buen hombre que me había dado asilo. Creo que fue el 6 de mayo, es decir, el mismo día en que aparecieron los franceses, cuando, al volver de la guardia en el fuerte de la Reina Ana, encontré muerto al señor Mongat, rodeado de sus cuatro hijos, que lloraban amargamente.

Hablaré de los cuatro huérfanos, que ya lo eran completamente por haber perdido a su madre algunos meses antes. Siseta, o, como si dijéramos, Narcisita, la mayor en edad, tenía poco más de los veinte, y los tres varoncillos no sumaban entre todos igual número de años, pues Badoret¹ apenas llegaba a los diez; Manalet² no tenía más de seis, y Gasparó empezaba a vivir, hallándose en el crepúsculo del discernimiento y de la palabra.

Cuando penetré en la casa y vi cuadro tan lastimoso, no pude contener las lágrimas y me puse a llorar con ellos. El señor Cristoful Mongat era una excelente persona, buen padre y patriota ardiente; pero aún más que el recuerdo de las buenas prendas del difunto me contristaba la soledad de las cuatro criaturas. Yo las amaba mucho, y como mi buen humor y franca condición propendían a enlazar el alma de aquellos inocentes con la mía, en algunos meses de trato, Badoret, Manalet y Gasparó se desvivían por mí. No hablo aquí de Siseta, porque para ésta tenía yo un sentimiento extraño, de piedad y admiración compuesto, como se verá más adelante. Mi ocupación en la casa, mientras vivió el señor Mongat, era, en primer término, hablar con éste de las cosas de la guerra, y en segundo término, divertir a los chicos con toda clase de juegos, enseñándoles el ejercicio y representando con ellos, detrás de un cofre, las escenas del

1. Diminutivo de Salvador.

2. ídem de Manuel.

ataque, defensa y conquista de una trinchera. Cuando yo iba de guardia, bien a Montjuich, bien a los reductos del Condestable o del Cabildo, los tres, incluso Gasparó, me seguían con sendas cañas al hombro, remedando con la boca el son de cajas y trompetas, o relinchando al modo de caballos.

Asociado cordialmente a su desgracia, les consolé como pude, y al día siguiente, después que echamos tierra al buen cerrajero, y luego que se retiraron los vecinos fastidiosos que habían ido a hacer puchereros, condoliéndose ruidosamente de los huerfanitos, pero sin darles auxilio alguno, tomé por la mano a Siseta y, llevándola a la cocina, le dije:

–Siseta, ya tú sabes...

Pero antes quiero decir que Siseta era una muchacha gordita y fresca, que sin tener una hermosura deslumbradora, cautivaba mi alma de un modo extraño, haciéndome olvidar a todas las demás mujeres, y principalmente a la que había sido mi novia en La Almunia de Doña Godina. Rosada y redondita, Siseta parecía una manzana. No era esbelta, pero tampoco rechoncha. Tenía mucha gracia en su andar, y poseyendo bastante ingenio y soltura en la conversación, sabía, sin embargo, acomodarse a las situaciones, distinguiéndose por una gran disposición para no estar nunca fuera de su lugar, de cuyas prendas puede colegirse que Siseta tenía talento.

Pues bien, como antes indiqué, tomándole una mano, le dije:

–Siseta...

No sé qué me pasó en la lengua, pues callé un buen rato, hasta que, al fin, pude continuar así:

–Siseta, ya tú sabes que va para cuatro meses que estoy alojado en tu casa...

La muchacha hizo un signo afirmativo, demostrando estar convencida de mi permanencia en la casa durante cuatro meses.

–Quiero decir –proseguí– que durante tanto tiempo he comido de tu pan, aunque también os he dado el mío. Ahora, con la muerte del señor Cristoful, os habéis quedado huérfanos. ¿Tenéis tierras, alguna casa, alguna renta?

–No tenemos nada –me contestó Siseta, dirigiendo tristes miradas a los cacharros de la cocina–. No tenemos nada más que lo que hay en casa.

–Las herramientas valen alguna cosa –dije–; mas, en fin, no hay que apurarse, que Dios aprieta, pero no ahoga. Aquí está el brazo de Andrés Marijuán. ¿Dejó tu padre algún dinero?

–Nada –respondió–; no ha dejado nada. Durante su enfermedad trabajaba muy poco.

–Bien, muy bien –dije yo–. Con eso podéis recibir el plus que nos dan ahora y la ración que me toca todos los días. No hay que apurarse. Tú serás la madre de tus hermanos, y yo seré su padre, porque estoy decidido a ahorcarme contigo. ¡Ea!, dejarse de lloriqueos; Siseta, yo te quiero. Tal vez crearás tú que yo no posea tierras. ¡Qué tonta! Si vieras qué dos docenas de cepas tengo en La Almunia, si vieras qué casa...; sólo le falta el techo; pero es fácil componerla, sin fabricarla toda de nueva planta. Conque lo dicho, dicho. En cuanto se acabe este sitio, que será cosa de días, a lo que pienso, venderás los cachivaches de la herrería; me darán mi licencia, pues también se concluirá la guerra; pondremos sobre un asno a la señora Siseta con Gasparó y Manalet, y tomando yo de la mano a Badoret, camina que caminarás, nos iremos a ese bajo Aragón, que es la mejor tierra del mundo, donde nos estableceremos.

Una vez que desembuché este discurso, volví al taller, con objeto de examinar las herramientas, y todo aquel mueblaje me pareció de poquísimo valor. La huérfana, después que me oyerá, sin decir cosa alguna, púsose a arreglar los trastos, ordenando todo con hábil mano, y a limpiar el polvo. Los chicos me rodearon al punto, corriendo precipitadamente a traer sus cañas, palos y demás aparatos de guerra, viéndome yo obligado, en razón de esta diligencia, a recomendarles gran celo en el servicio de la Patria y el Rey, pues bien pronto, si los franceses apretaban el cerco, Gerona necesitaría de todos sus hijos, aun de los más pequeñitos. Por último, después que durante media hora pusieron armas al hombro y en su lugar, cebaron, cargaron, atacaron e hicieron varias descargas imaginarias, pero que retumbaban en el angosto taller, les vi soltar las armas, decaído el marcial ardor, y volver a su hermana con elocuente expresión los ojos.

—Qué —pregunté yo, comprendiendo lo que significaba aquel mudo interrogatorio—, Siseta, ¿no hay qué comer?

Siseta, disimulando sus lágrimas, registraba los negros andamios de una alacena, en cuyas cavernosas profundidades la infeliz se empeñaba en ver alguna cosa.

—¿Cómo es eso? —dije—. Siseta, no me habías dicho nada. ¿Qué me costaría ir al cuartel y pedir que me adelanten la ración de mañana?... ¿Y para qué quiero yo los siete cuartos que tengo ahorrados? Nada, hija; es preciso, no sólo traer lo necesario para hoy, sino también provisiones abundantes, por si escasean los víveres dentro de la plaza. Dicen que ahora nos van a dar dos reales diarios. Ya me figuro lo que harás tú con esa riqueza. Pero no es ocasión para detenerme en habladurías, que estos valientes soldados se mueren de hambre. Toma los siete cuartos; voy al punto por la libreta.

No tardé en volver con el pan, y tuve el gusto de ver comer a mis hijos (desde entonces empecé a darles este nombre). Siseta se mantuvo en los límites de una sobriedad excesiva, y mientras duró el festín les hablé de los grandes acopios de víveres que se estaban haciendo en Gerona, conversación que parecía muy del agrado de los pequeñuelos. En esto, el señor Nomdedéu, habitante del piso superior de la casa, pasó por delante de la tienda en dirección al portal contiguo. Saludonos afablemente a todos, y después de decir algunas palabras de desconsuelo con motivo de la pérdida del excelente señor Mongat, subió a su casa, rogándome que le acompañara. Yo tenía costumbre de ir todas las mañanas a referirle lo que se decía en los cuerpos de guardia, y estas visitas tenían para mí el doble atractivo de contar lo que sabía y de oír las agradables pláticas del señor Nomdedéu, hombre con quien no se hablaba una sola vez sin sacar alguna enseñanza provechosa.

Dos

El señor don Pablo Nomdedéu era médico. No pasaba de los cuarenta y cinco años; pero los estudios o penas domésticas, para mí desconocidas, habían trabajado en tales términos su naturaleza, que aparentaba mucho más del medio siglo. Era acartonado, enjuto, amarillo, con gran corva en la espina dorsal, y la cabeza salpicada de escasos pelos rubios y blancos, como yerba que nace al azar en ingrata tierra. Todo anunciaba en él debilidad y prematura vejez, excepto su mirar penetrante, imagen del alma enérgica y del entendimiento activo. Vivía en apacible medianía, sin lujo, pero también sin pobreza; muy querido de sus paisanos, consa-